

capital de la República, es el broche divino con que ha de atarse al manto de la Virgen, Reina de Colombia, el acta de su agradecimiento sincero y filial afecto. Cien años de vida libre e independiente bajo el cetro de la Inmaculada Concepción exigen de los súbditos de esta SOBERANA, el que estén acordes sus corazones y sus palabras o manifestaciones de amor. Retinita musical no más, sería la cantilena de los poetas repetida por las voces armoniosas de nuestros niños, sonido hueco que no pasa de los oídos serían a su vez los panigéricos de nuestros sacerdotes, si ninguno de nuestros súbditos resolviese consagrarse voluntaria, real y totalmente como esclavo de la Madre de Dios.

Esclavitud! diréis. Hablar de esclavitud en el día en que se conmemora la plenitud de nuestra emancipación, ¿no es esto un contrasentido, un retroceso? No, amados hijos, no es contrasentido y es progreso! En efecto, la libertad, la verdadera libertad, la que Jesucristo nos ha conquistado padeciendo en el sangriento madero, consiste en el reconocimiento absoluto del dominio que sobre cada criatura ejerce la divinidad, Dios Todopoderoso. Ahora bien, para que nuestro intelecto no se deje extraviar y acate respetuoso al dictamen divino, así como para que nuestra voluntad se sujete a la del Ser Supremo, esta es la razón porque nos consagramos a María Santísima Madre del Redentor y Corredentora nuestra.

Bien podríamos dar por probada nuestra aserción, sin embargo no queremos inútil hacerlos acerca de nuestra libertad algunos comentarios, que a más de patentizarla, la enaltecen y divinizan. El hombre, ser finito, ha de ser limitado por algo, si no tiene más límites que la voluntad de su Creador conector, amado y servido, el hombre se sujeta en Ella, ora vuela con el entendimiento, a contemplarla, ora se anonada a sus pies, ora criatura en este ambiente divino, ella se divierte, recrea y como los límites que encierran sus pensamientos y deseos son infinitos, ella se siente libre; libre como el águila que se cierne sobre las cumbres de los montes y baja rápido, a apaciguar su sed en el torrente que brota en las simas profundas.

La libertad del rey de los aires es un verdadero símbolo, pues él no deja de ser encerrado en la atmósfera de la cual es cautivo y sin embargo para nosotros nada le sujeta y es libre libre ya que sus alas, jamás alcanzarán a rozar el éter del

cual no le es permitido pasar, a la par que el hombre jamás alcanzará a profundizar los arcanos de la divinidad cuya comprensión siempre inaccesible es el único límite puesto a su inteligencia.

Nuestra sujeción, a Dios, esta es, amados hijos, la verdadera libertad y por consiguiente la única que nos sea lícito reivindicar. Por desgracia, no todos los hombres aciertan a pensar de este modo; y en lugar de buscar la libertad de la cual podrían gozar sin mengua para su dignidad antes perfeccionándola, muchos prefieren ir en pos de una ficción que se imaginan al través de las rejillas que ellos mismos se han forjado, de las verjas que se han levantado. Verdaderas cris-

salidas se recluyen en las redes que forma una hilación de conceptos vanos sacados de su diminuta inteligencia; por eso, en lugar de ensanchar el horizonte de sus pensamientos, su alma va llenándose de obscuridad hasta que al fin, para satisfacer el deseo innato que tiene de luz y de vida, ella misma, si le queda fuerza suficiente, rompe, trozándolos, cuantos raciocinios la tuvieran alejada de Dios y de la verdad. Ah! en lugar de águilas, no tenemos sino mariposas deslustradas que recuerdan el asqueroso gusano del cual han nacido y mueren al pie de la luz, quizá sin haberla conocido. En una palabra, el hombre, ser finito nace esclavo y esclavo ha de ser porque es además un rey desheredado, caído de su trono, sin cetro. Esclavo de Dios que conoce su linaje y lo sabe respetar; el hombre goza de una esclavitud que le sabe a libertad; pero si rechaza el dominio divino, la sentencia se cumple en otra forma y el hombre viene a ser el esclavo de sí mismo o de sus pasiones, del mundo o de los demás hombres, en fin, del demonio su vencedor que, caído como él, en el cobarde en sed de venganza, dominio y tiranía. El mismo ayuda al hombre a fujarse los grillos del respeto humano y falso pudor que señalamos arriba, él es quien levanta los barridos de la moda y dirige la obra maestra de los sabios mundanos que se creen libres porque llegaron, equivocados en sus propias deliraciones, a negarse a sí mismos. Con razón ¿no es cierto?

A. H., en este año de 1919 cuya aurora vislumbramos ya, cabe decirlo, sois libres, si; pero vuestra libertad consiste en vuestra sujeción a Dios por María. Si poco os hubiese servido el haberla libertad de la esclavitud extranjera si hubieseis caído bajo la del amor propio menos aceptable todavía.

Aquel a quien otro sujeta puede

conservar la libre dirección de las potencias de su alma y de los actos de las mismas, así como los mártires de los tiempos neronianos; mientras, cualquiera que se reconozca a sí mismo por su único amo y señor independiente, aun se niega el derecho de pensar y obrar de una manera distinta de la que se impuso; se niega por lo tanto el consuelo de decir la palabra que sintetiza la vida del hombre, *pecet*, me he equivocado.

Preparados estáis, amados hijos, y propicia es la hora para que os consagréis a María Santísima. Acechad pues, a templar vuestra sed de fe y libertad en esta fuente señalada cuyas aguas purifican, fortalecen, e inmortalizan.



María Sma., bien lo sabéis, A. H., es la estrella que en el viaje de la vida nos indica cual es el Norte. Sobre las olas del mundo, cuando la tempestad ruge en el corazón humano, cuando las nubes opacas de las pasiones nos circundan y que sólo rasgan la oscuridad, los rayos terroríficos de la cólera divina, salvo está el que logra percibir los resplendores que despiden el corazón de aquella cuyo nombre es: *Estrella de la mar*.

En el cataclismo mundial que da señas de apaciguarse, María aunque invisible todavía, está abriéndose paso para venir con la paz de la cual es Reina a reorganizar, y disponer un orden nuevo y más religioso.

El corazón de cada cristiano es en su vez un campo de batalla y en él se libran luchas recias, en las cuales a veces los principios y los sentimientos religiosos, sufren terribles derrotas, anulanse los contratos hechos en horas solemnes como en las del bautismo, de la primera comunión y de la confirmación; hay días de traición; sin embargo, la magnitud de la derrota o felonía nos ha de dejar para siempre en poder del enemigo y juguete de sus aviesos designios; con sólo unificar a María o pronunciar su nombre aquietaráse la tempestad, calmaráse el fragor de las olas que como corras se alzaban para, al caer, hundirnos despedazados, y, lejos de ello, obedeciendo al orden de María nos levantarán y sostendrán en las alturas más cerca a Ella.

Estas, las razones, A. H., porque hemos de presentaros en todo tiempo pero con especialidad en las épocas de duda y amedrentadora zozobra que atravesamos el